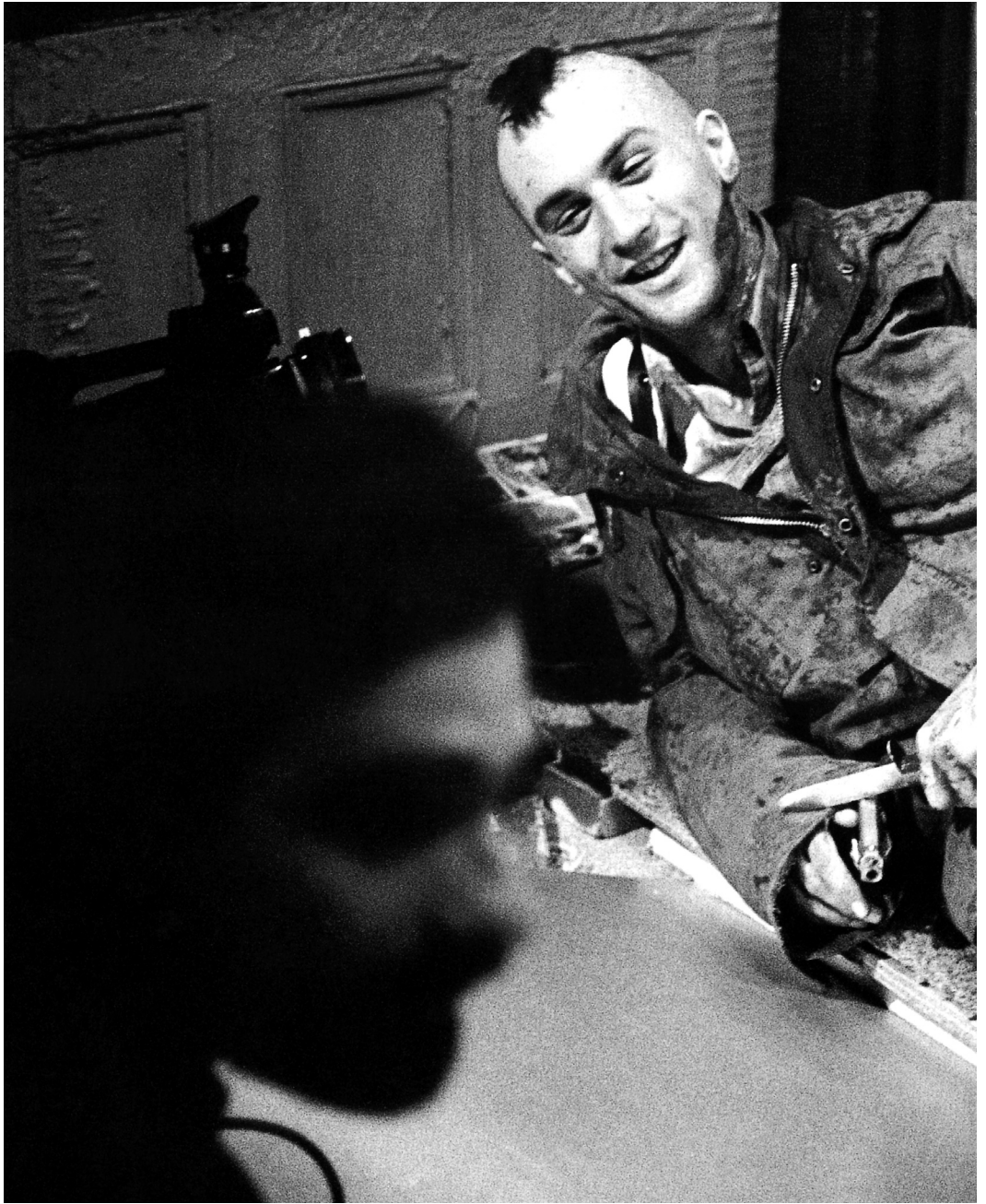
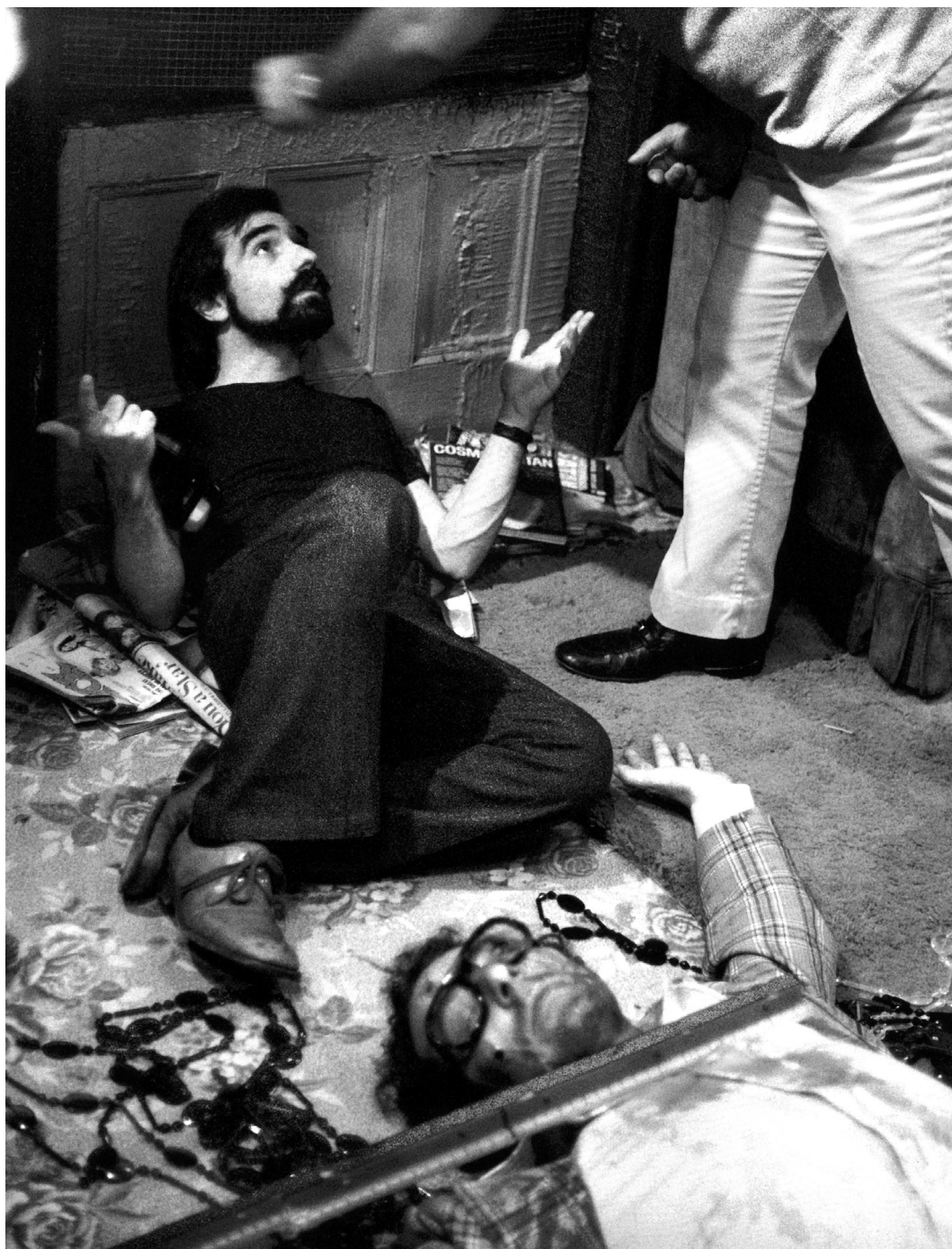




PARTE II

EL 'MAKING OF'



EL EVANGELIO SEGÚN SAN MARTIN

Texto / PETER BISKIND

En el verano de 1973, Martin Scorsese y el productor Jonathan Taplin hicieron la ronda en busca de un estudio que distribuyera *Malas calles*. Scorsese pensaba que tenía una posibilidad en Paramount. Al fin y al cabo, su buen amigo Francis era el director de la película que había salvado al estudio y convertido a los italianos con pistolas en un artículo cotizado. Tras la primera reunión, Martin salió eufórico; aún no sabía que en Hollywood era muy raro que alguien dijera que no. Y pensó: ¡Oh, Dios, me aman! Van a aceptar la película. A la mañana siguiente, él y Taplin tenían que proyectar *Malas calles* para Peter Bart, y más tarde, ese mismo día, para Warner. Scorsese le preguntó a Taplin: «¿Warner está tratando de conseguirla?»

«Sí...»

«Paramount va a quedársela, ¿quieres cancelar la cita con Warner?»

«Bueno, tal vez nos convenga mantenerla. Será mejor que vayamos, por lo que pueda pasar, a ver qué dicen. Puede que estalle una pequeña guerra entre ellos.»

«Eso sería fabuloso.»

Estaban seguros de que cuando la vieran Bart y Ronda Gómez, su ayudante, cerrarían el trato con Paramount; pero Bart estaba de mal humor, que empeoró al contemplar el espectáculo de los amigos de Martin –Harry Ufland, su agente, Mardik Martin, el guionista, Taplin y unos cuantos más holgazaneando en la sala de proyecciones pese a que le habían asegurado que Scorsese iría

solo. Marty se tragó un Valium para sosegar. Al cabo de no más de diez minutos, Bart se inclinó sobre la consola del teléfono, llamó al proyccionista por el interfono y las luces se encendieron. Bart se puso de pie y anunció:

«No me hagas perder el tiempo, ve a vendérsela a John Calley. No me interesa.» Dicho lo cual, se marchó. «Nos quedamos de una pieza, dice Scorsese. «Fue como una bofetada.» Y dice Bart, en broma; «La verdad es que pensé que lo más cortés que podía hacer un estudio era darles una respuesta rápida. Pero no lo entendieron así, aunque lo que querían era exactamente eso.»

Taplin se llevó a Scorsese a un baño turco. «Llevábamos la película en unas latas enormes de 35 mm, íbamos por ahí como unos mendigos con la película encima», recuerda Scorsese. «Nos metimos en un baño turco, riendo, por lo inesperado de todo, y dijimos: ‘Gracias a Dios que no descartamos Warner’.»

Esa tarde se fueron en coche a Burbank, donde se la pasaron a Calley y Leo Greenfield, el jefe de distribución, dos hombres que habían vivido en Nueva York. Scorsese estaba en un estado de máxima ansiedad cuando empezó la película, esas preciosas tomas de un corredor de luces que forman un arco sobre las ajetreadas calles de las fiestas de San Genaro, recortado contra la negrura nocturna de la ciudad y extinguiéndose a medida que cada fotograma pasa por el proyector. Calley y Greenfield habían encargado el almuerzo, y justo cuando De Niro empezaba su brillante e incoherente improvisación con Keitel en la trastienda del club, donde, nervioso, le explica con todo lujo de detalle, en un monólogo de lo más enrevesado, por qué no había pagado lo que debía, un camarero entró en la sala de proyecciones, se plantó delante de la pantalla y preguntó en voz alta: «¿Para quién es el atún con centeno?» Alguien dijo: «Sshhh», y Scorsese respiró aliviado; en ese momento tuvo la sensación de haber dado en el blanco.

Calley y Greenfield, emocionados, señalaban la pantalla y decían: «Eh, yo me acuerdo de ese lugar. Solía ir por ahí con un tipo como ese.» Calley dijo: «Espera que la vea Ted Ashley. Vivía justo a la vuelta.» Y se partieron de risa cuando Sandy Weintraub y su hermana Barbara aparecen en una escena en la que De Niro dice: «¿A cuál prefieres, a la Weintraub ancha?» Cuando la película se aproximaba a su punto culminante, reinaba en la sala un silencio total; los ejecutivos con los ojos fijos en el coche cuando da un volantazo y, después, el chirrido de los frenos, los disparos, el choque, De Niro cubierto de sangre, agarrándose el cuello, avanzando a trompicones ante el géiser que brota de la toma de agua destrozada. Fin. Nadie dijo una palabra. Al salir, Marty comentó en broma que a Calley le había gustado la película porque a las chicas Wein-

traub las trataban como a sendos pedazos de carne, y porque no podía soportar a Fred, el padre de las chicas, su ex bestia negra en el estudio. Cualquiera que fuese el motivo, le habían vendido *Malas calles* a Warner.

Para Scorsese, *Malas calles* significaba un regreso al viejo barrio, el lugar en el que había crecido. Una subcultura étnica, un islote fervientemente católico, Little Italy, en el Lower East Side de Nueva York, podría haber sido perfectamente otro planeta. Scorsese nació el 17 de noviembre de 1942 en Flushing, Queens; el sueño de sus padres, hijos de inmigrantes con poca movilidad social ascendente, era huir de las casas de vecindad, y lo consiguieron, pero cinco años más tarde, por razones que el pequeño Martin nunca comprendió del todo, la familia regresó a un cuarto piso de un edificio sin ascensor en Elizabeth Street, la antigua calle del padre de Martin. Charlie Scorsese era sastre y planchador de pantalones; la madre, costurera. Eran gente trabajadora, afiliada a los sindicatos. «En realidad, viví en un pueblo siciliano la mayor parte de mi vida», dice Scorsese. «El mundo se dividía en dos: nosotros, los de Little Italy, y los demás. La tensión era palpable, siempre al borde de la violencia.»

El menor de dos varones –su hermano le llevaba siete años–, Marty creció entre curas, gánsters e imágenes en la pantalla grande. «Cuando vas al cine de pequeño, no sabes que hay alguien detrás de la cámara», dice. «Simplemente piensas que son los actores los que lo hacen todo. Tardas en darte cuenta de que no es así. ‘Eh, espera un segundo. Eso es hermoso. Y ese nombre creo que aparece muy seguido. Todas estas películas tienen algo que ver con los caballos, o con la vida familiar, como *Qué verde era mi valle*, *El delator*, *Las uvas de la ira*. Las imágenes, las nubes oscuras, las siluetas recortadas contra las colinas, la música...’ Sí, creo que te das cuenta de que lo que estás viendo es poesía. Yo era de una familia que no tenía libros en casa, y tuve que descubrirlo todo solo.»

Muy raras veces se arriesgaba Scorsese a salir del barrio. Era bajito, enclenque y enfermizo, un niño de mamá. Y tan alérgico a los animales que se jugaba la vida si acariciaba un perro. Su hermano mayor, Frank, celoso de la atención que Marty acaparaba, solía molerlo a palos. «Marty es básicamente un cobarde», dice su amigo Mardik Martin. «En una escena de *Malas calles* se ve a Marty, que aparece corriendo por una esquina. Ese personaje es él. Siempre se escondía.» En la vida adulta haría muchas cosas para evitar los conflictos: